

CÓMO ENTENDER E INTERPRETAR LA BIBLIA

UNA INTRODUCCIÓN
A LA HERMENÉUTICA

John Phillips



La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Bible Explorer's Guide: How to Understand and Interpret the Bible*

© 1987 por John Phillips y publicado en el año 2002 por Kregel Publications, una división de Kregel, Inc., P.O. Box 2607, Grand Rapids, MI 49501. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Cómo entender e interpretar la Biblia: Una introducción a la hermenéutica*,
© 2008 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Publications, Grand Rapids, Michigan 49501. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá reproducirse de cualquier forma sin permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves en revistas o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960, © Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ
P.O. Box 2607
Grand Rapids, Michigan 49501 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-1573-9

1 2 3 4 5 / 12 11 10 09 08

Impreso en los Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

CONTENIDO

Prólogo	7
PARTE I: HERMENÉUTICA	9
Introducción	11
1. La regla de oro	15
2. Estudiar las palabras de las Escrituras	25
3. Figuras retóricas en las Escrituras	43
4. La importancia de la cultura	51
5. La interpretación alegórica	57
6. La regla de aplicación	63
7. Los símbolos de la Biblia	67
8. La ley del contexto	75
9. El principio de la visión general	79
10. La importancia de la estructura	83
11. Las dispensaciones	89
12. Los pactos	99
13. Cosas que difieren	113
14. La regla de la oscuridad	121
15. Interpretación de tipos	123
16. Interpretación de paráboles	127
17. Interpretación de profecías	131

18. Las leyes de la mención	141
19. La regla devocional	147
20. Los números en la Biblia	151
21. Los nombres en la Biblia	161
22. Cristo, la última clave	167
PARTE 2: AYUDAS	173
23. Una visión general de la Biblia	175
24. Una armonía de los Evangelios	193
25. Un resumen de historia bíblica	205
26. Los símbolos en la Biblia	215
27. Un resumen de nombres bíblicos	233
28. Libros útiles para el estudio	267

PRÓLOGO

Este es el tipo de libro que ojalá me hubiera dado alguien cuando comencé a estudiar por primera vez la Biblia en serio. Estuve durante años acumulando trozos y piezas de información —un sermón aquí, algún estudio bíblico allí, un comentario en otra parte— hasta que tuve en mis manos una cantidad considerable de información acerca de la Biblia. Estaba familiarizado con las historias de la Biblia y las grandes doctrinas. Tenía algún conocimiento de los temas bíblicos básicos. Pensé que conocía la Biblia y cómo estudiarla. Pensé que estaba lo suficientemente preparado como para enseñar a otras personas.

Sin embargo, en realidad, era un ignorante en grandes áreas de las Escrituras y solo tenía unas nociones muy esquemáticas acerca de cómo debía interpretarse la Biblia. Gran parte de lo que pasaba a los demás era información de segunda mano recogida a lo largo de mi trayectoria y convenientemente asociada a un texto o pasaje de las Escrituras.

¡Ojalá alguien me hubiera enseñado cómo interpretar la Biblia correctamente! Para mí fue una revelación descubrir que existía toda una ciencia llamada *hermenéutica* (la misma palabra era formidable), que había formas correctas e incorrectas de descubrir lo que decía realmente la Biblia en cualquier pasaje concreto. Tenía algún conocimiento de la importancia del contexto: de ver lo general antes de estudiar lo particular, de los peligros de alegorizar con demasiada libertad. Pero fue como ver la luz en medio de la oscuridad descubrir que algunos principios generales, aprendidos y aplicados a la Biblia, podían mantenerlo a uno en un rumbo seguro. (¡Y qué importante es eso! Despues de todo, las sectas falsas y los grandes errores del cristianismo tienen sus raíces en no interpretar rectamente la palabra de verdad.)

Al escribir este libro he tenido presente a gente como yo. Este libro no ha sido escrito para los que han tenido la ventaja de realizar un curso sobre hermenéutica en una universidad o seminario bíblico. Ha sido escrito para personas que no cuentan con esas ventajas. Puede que valientemente hayan aceptado la responsabilidad de un púlpito, una clase de Escuela dominical, un grupo de estudio bíblico, pero se encuentran en la condición que acabo de describir. Mi intención no ha sido realizar un estudio erudito de la ciencia de la hermenéutica, sino enunciar los grandes principios de la interpretación. Daré ejemplos de cómo funcionan esos principios y cuán importantes son.

El libro está dividido en dos partes. En la primera, le presento al lector las reglas básicas para manejar la Palabra de Dios (he hecho lo posible para que resultaran interesantes). He presentado gran parte de este material en seminarios de iglesia a lo largo de los años, por lo general con una respuesta muy cálida de quienes asistían al curso. La segunda parte del libro reúne información que ayudará al lector a usar algunos de esos principios de interpretación. La lista de libros del final es bastante subjetiva. Son libros que me han ayudado. Quizás ayuden también a otros.

No espero que a todo el mundo le guste este libro. Los que ya están afe-rrados a un esquema alegórico de interpretación probablemente no estén de acuerdo con gran parte de lo que dice. Sin embargo, los que abrazan “la regla de oro de la interpretación”—que Dios dice lo que quiere decir y quiere decir lo que dice y que cuando Él nos habla lo hace usando las leyes usuales del lenguaje y la comunicación—con suerte, encontrarán mucho para alentarles y ayudarles en la tarea de “interpretar rectamente la palabra de verdad”.

3

FIGURAS RETÓRICAS EN LAS ESCRITURAS

Las figuras retóricas transmiten una idea con más firmeza. La utilización de una figura retórica siempre es interesante, habitualmente llena de color y por lo general cautivadora.

Imagínese que está en un avión volando a una velocidad de crucero por encima de las nubes. Mientras que el avión vuela a un ritmo estable, usted lee, habla o mira por la ventana, pero en el momento en que cambia el patrón de vuelo, usted se asusta. El avión de repente se ladea, o hay baches de aire, o el piloto acelera. Al instante, usted se pone en alerta y es posible que se alarma. Eso mismo ocurre con el lenguaje. En tanto que las palabras prosigan de manera suave nuestra atención tiende a decaer, pero si se introduce una variación, una repentina desviación de la norma, de inmediato se presta atención.

El Espíritu de Dios usa figuras retóricas con precisión. E. W. Bullinger en su monumental *Diccionario de figuras de dicción usadas en la Biblia* ha enumerado más de 200 de ellas, algunas con ciertas variedades dentro de sí mismas. El intérprete de la Biblia debe determinar cuándo tomar las palabras de forma literal o figurativa. Normalmente tomamos las palabras de forma literal, con su valor nominal, a no ser que al hacerlo nos enfrentemos a una enunciación que es contraria a la experiencia, a un hecho conocido, a la verdad revelada o al tenor general o enseñanza de las Escrituras.

No es mi objetivo aquí explorar todas las figuras retóricas usadas en la Biblia, sino analizar sólo algunas de las más comunes.

Primero, está el *símil*, la más común de todas las figuras usadas en la Biblia. Usamos un *símil* cuando empleamos una palabra de conexión como *como* o *según*

para marcar una equivalencia entre dos cosas. “Será *como* árbol plantado junto a corrientes de aguas” (Sal. 1:3). “vosotros erais *como* ovejas descarradas” (1 P. 2:25).

La segunda figura retórica más común es la *metáfora*. Cuando empleamos una metáfora no usamos una palabra de conexión; decimos que una cosa *es* otra cosa: “toda carne *es* hierba” (Is. 40:6) es una metáfora. “Toda carne es *como* hierba” (1 P. 1:24) es un símil. “Jehová es mi pastor” (Sal. 23:1); “Vosotros sois la sal de la tierra” (Mt. 5:13); “esto es mi cuerpo” (Mt. 26:26); “Yo soy el pan de vida” (Jn. 6:35). Todas son metáforas.

La importancia de reconocer una metáfora está ilustrada en un episodio histórico bien conocido. Martín Lutero, enfrentado por uno de sus colegas que disentían de él, se introdujo en un acalorado debate por un tema de doctrina bíblica. El tema en discusión era la presencia real del Señor en “la hostia”, el pan de la comunión. Los católicos romanos sostienen que el momento en que el sacerdote consagra el pan deja de ser pan y se convierte en el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad del Señor Jesús.

Martín Lutero no se liberó del todo de ese dogma y como los católicos, respaldaba su opinión con el versículo: “esto es mi cuerpo”. El oponente de Lutero, Zuinglio, decía: “Él de manera testaruda insistió en tomar esto literalmente y por su valor nominal: ‘Si dice: «esto es mi cuerpo», entonces eso es lo que significa: «esto... es... mi... cuerpo»’. El pan se convierte en su cuerpo”. Después de discutir con Lutero en vano y señalando que esto era pura y simplemente una metáfora, Zuinglio dijo al final: “Muy bien, Martín, ¿y qué propones hacer con el texto: ‘Yo soy la puerta’?”.

La Biblia contiene unos pocos ejemplos de *alegoría*. Al igual que el símil y la metáfora, la alegoría toma su fuerza de la comparación. Una parábola es un símil extendido; presenta circunstancias físicas (por ejemplo, un sembrador que va a sembrar) como una verdad espiritual, es decir, avanzar con el evangelio. Del mismo modo, una alegoría es una metáfora extendida. Sin embargo, es más compleja que una metáfora porque de manera continua representa una cosa como otra. El libro *El progreso del peregrino* de John Bunyan es la alegoría más famosa del idioma inglés. Una alegoría puede ser una narrativa ficticia con un significado más profundo que lo que aparece en la superficie, o, como en Gálatas 4, puede basarse en eventos históricos. Salmos 80, Isaías 5 y Mateo 12:43-45 son ejemplos de tal alegoría.

Se debe tener mucha cautela al leer una alegoría en un pasaje de las Escrituras, ya que puede fácilmente llegarse a las interpretaciones más extravagantes. Simplemente porque la Biblia usa esta figura retórica no es justificación para alegorizar segmentos enteros de las Escrituras. En el capítulo 5 se habla más de este tema.

Otra figura retórica hallada en las Escrituras es la *paradoja*, una aparente contradicción. Cuando decimos, por ejemplo, que debemos ser crueles para ser

buenos, estamos usando una paradoja. Debido a que la sabiduría de Dios con frecuencia parece carecer de sentido para los seres humanos, hay numerosos usos de paradoja en la Biblia: “todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 16:25). “Pero la que se entrega a los placeres, viviendo está muerta” (1 Ti. 5:6). Ambas descripciones usan la paradoja.

También hay *ironía* en la Biblia. Una expresión irónica expresa un pensamiento de tal manera que transmite de forma natural el significado opuesto. El sarcasmo, una forma de la ironía, se usa con frecuencia no para ocultar el significado verdadero de una frase, sino para añadirle mayor fuerza. Los comentarios de Elías a los falsos profetas de Baal son sarcásticos o irónicos (1 R. 18:27). Job usó sarcasmo sobre sus críticos: “Ciertamente vosotros sois el pueblo, y con vosotros morirá la sabiduría” (Job 12:2). Jesús empleó la ironía en Lucas 13:33: “es necesario que hoy y mañana y pasado mañana siga mi camino; porque no es posible que un profeta muera fuera de Jerusalén”.

Una de las figuras retóricas más interesantes y prolíficas en la Biblia es la *personificación*. Se usa cuando a las *cosas* se les dan características de personas. Es fácil de reconocer: “ni tu ojo le compadecerá” (Dt. 13:8); “no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha” (Mt. 6:3); “se enlutó la tierra” (Jl. 1:10); “Desde sus órbitas pelearon contra Sísara” (Jue. 5:20); “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10); “Entonces la concupiscencia, después que ha concebido, da a luz el pecado” (Stg. 1:15). La forma en que hablamos y escribimos se vería empobrecida sin dicho lenguaje figurativo.

Luego está el *antropomorfismo*. Esta figura retórica le adscribe características físicas a Dios. Walter Martin, un autor que escribe sobre las sectas, cuenta cómo desafía a los mormones a venir a sus reuniones. Al final de su conferencia sobre el mormonismo, él les da la oportunidad de cuestionarlo. En una ocasión un joven mormón le preguntó al doctor Martin si reconocería a Joseph Smith y a Brigham Young como profetas de Dios si él, el mormón, pudiera demostrar a partir de la Biblia que Dios tiene un cuerpo de carne y hueso (una de las doctrinas heréticas del mormonismo). El doctor Martin estuvo de acuerdo en que desde luego él estaría impresionado si tal idea pudiera demostrarse en la Biblia. A partir de ahí el mormón comenzó a mencionar una cantidad de versículos tales como: Éxodo 33:11, 20, Job 34:21, Santiago 5:4 e Isaías 30:27, versículos que hablan del *rostro, los ojos, los oídos y los labios* de Dios. “Allí está”, exclamó el mormón. “Dios tiene una nariz, Dios tiene ojos, Dios tiene pies, Dios es un hombre exaltado. Ahora reconozca que tenemos razón. Dios tiene cuerpo”.

Walter Martin le dijo al joven: “¿Y ahora, por favor, podría ir a otro versículo y leerlo con tanta rapidez como ha leído todos los demás? Léame Salmos 91:4”. El mormón lo buscó en su Biblia y leyó: “Con sus *plumas* te cubrirá, y debajo de sus *alas* estarás seguro”. “Aquí tienes”, dijo el doctor Martin: “¡Ahora es una gran gallina! El mismo razonamiento que lo convierte en un hombre lo convierte en una gallina”. El joven se sentó confundido.

“¿No te das cuenta?” dijo el doctor Martin, sacando provecho del momento, “Los versículos que has estado citando son antropomorfismos. Dios no es un hombre exaltado. Dios es un Espíritu. Jesús lo dijo y Él también dijo: “Un espíritu no tiene carne y huesos”. Dios no es un hombre; lo dice Él mismo. Mira Números 23:19: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta”. Cuán cuidadosos debemos ser al reconocer figuras retóricas en la Biblia y al comprenderlas de manera correcta.

Similar al antropomorfismo es la figura conocida como *antropopatía*, que adscribe sentimientos y pasiones humanos a Dios. No es que Dios necesariamente tenga esos sentimientos, sino que Él ha hablado de ellos para permitirnos comprenderlo. La angustia, la congoja, el regocijo, el arrepentimiento, el enojo, el odio, la venganza, el desagrado, el celo y la lástima son todos adscritos a Él bajo esta figura retórica: “Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón” (Gn. 6:6). “Porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso” (Ex. 20:5). Cuando leemos sobre Dios olvidando o pensando o riendo o engendrando o viendo u oliendo o caminando y todas esas actividades, estamos tratando con estas dos figuras: el antropomorfismo y la antropopatía.

La Biblia también emplea la *hipérbole*, que significa decir más de lo que se quiere decir de forma literal para elevar el sentido. Esta figura retórica es bastante común en las Escrituras: “todo el polvo de la tierra se volvió piojos en todo el país de Egipto” (Ex. 8:17); “las ciudades grandes y amuralladas hasta el cielo” (Dt. 1:28); “Todos los cuales tiraban una piedra con la honda a un cabello, y no erraban” (Jue. 20:16). Estos son todos ejemplos de hipérbole.

Una de las figuras retóricas más comunes de la Biblia es la *metonimia*. En esta figura una cosa relacionada ocupa el lugar de la cosa misma. La metonimia se basa no en la semejanza, sino en alguna relación directa. Por ejemplo, cuando decimos que una persona escribe con buena mano, la palabra *mano* representa la escritura real de la persona.

Hay varios tipos de metonimia. Está la metonimia relacionada a la causa, usada cuando la causa se coloca para lograr efecto. “Y la espada no pasará por vuestro país” Aquí *espada* sustituye a guerra. “Purifícame con hisopo, y seré limpio” (Sal. 51:7). El hisopo era un pequeño arbusto usado para rociar de forma ceremonial. Aquí, el hisopo sustituye a la sangre de expiación relacionada con él. La misma forma se usa en Génesis 40:19, Gálatas 3:13 y 1 Pedro 2:24, donde “árbol” se sustituye por horca.

Existe la metonimia relacionada con el efecto, usada cuando el efecto se emplea por la causa. “Dos naciones hay en tu seno” (Gn. 25:23). La palabra *naciones* es sustituida por los dos niños cuyos descendientes se convertirán en esas naciones. “Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo” (Mr. 9:17, 25). El espíritu mismo no era mudo pero producía mudez en la persona que lo poseía. “Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación” (Lc. 2:29-30). El viejo

Simeón quiso decir que él había visto a Cristo, al que era el Salvador y que trajo salvación.

Está la metonimia relativa al sujeto, usada cuando, por ejemplo, se utiliza el nombre de un lugar por lo que hay en el lugar, o cuando se utiliza un recipiente por lo que hay dentro de él. “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (Lc. 19:9). Se emplea la palabra *casa* por lo que ésta contenía: a Zaqueo y su familia. “De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa” (1 Co. 11:27). La copa representa lo que contiene. (Cuántas discusiones acerca de si se debe usar jugo de uva o vino en el servicio de la comunión podrían evitarse advirtiendo esta figura retórica.)

Puede parecer complicado pero realmente no lo es. Usamos estas figuras retóricas en la conversación diaria y nunca pensamos en su naturaleza técnica. Sin embargo, al estudiar e interpretar la Biblia, debemos conocer y reconocer estas figuras, porque no hacerlo a veces puede conducirnos a un error.

Otra figura retórica es la *sinécdote*, usada cuando una parte de una cosa se sustituye por la cosa entera. “haréis descender mis canas con dolor al Seol” (Gn. 42:38). Aquí “canas”, representan a Jacob mismo en su ancianidad.

La *elipsis*, si bien técnicamente no es una figura retórica, puede tratarse convenientemente aquí. Sucede cuando se deja a propósito una brecha en una oración omitiendo una o más palabras. Las palabras omitidas son gramáticamente necesarias pero se las puede dejar fuera sin alterar el sentido. Esta técnica se usa cuando un autor no quiere que sus lectores dediquen tiempo a lo que se omitió, sino que mediten en las palabras enfatizadas por el empleo de la elipsis. En Mateo 14:19 leemos que Jesús “dio los panes a los discípulos, y los discípulos a la multitud”. La elipsis demuestra que lo importante no es que los discípulos entregaran los panes, ellos fueron solo los instrumentos. El que los dio fue el Señor.

El *polisíndeton* es otra figura retórica. Se usa para enlentecer y atraer la atención en particular a cada ítem de una secuencia. Esta figura retórica se revela por la repetición constante de la palabra *y*. El primer capítulo de la Biblia contiene esa palabra por lo menos cien veces. Se puede detectar en pasajes tan famosos como Génesis 22 y Lucas 15. Si bien está en toda la Biblia, la mayoría de las traducciones modernas las eliminan y al hacerlo le roban al lector una instructiva figura retórica.

La figura retórica opuesta es el *asíndeton*, donde se encuentra una sucesión de cláusulas, cada una importante, pero que vienen una detrás de la otra para llevar de forma rápida al lector al clímax del final. Por ejemplo, leemos las palabras de Jesús: “Cuando hagas comida o cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a vecinos ricos... mas cuando hagas banquete, llama a los pobres, los mancos, los cojos y los ciegos; y serás bienaventurado; porque ellos no te pueden recompensar, pero te será recompensado en la resurrección de los justos” (Lc. 14:12-14). La lista (“los pobres, los mancos, los

cojos, los ciegos") es apresurada para centrar la atención en la bienaventuranza prometida al final de la oración.

El Señor contó luego la historia del hombre que hizo una gran cena e invitó a muchos. Todos dieron sus excusas. El hombre, furioso por la forma en que fue tratada su invitación, envió a sus siervos a llenar su salón de banquetes con invitados que respondieran mejor. Advierta lo que dijo Jesús. Tenemos el mismo listado pero *esta vez* con el polisíndeton: "Ve pronto... y trae acá a los pobres, [y] los mancos, [y] los cojos y los ciegos" (Lc. 14:21). [N. del T. El polisíndeton aparece en la versión King James en inglés, pero no aparece en la Reina-Valera revisión de 1960].

Surge la pregunta. ¿Por qué el polisíndeton aquí, en esta lista pero no en la lista anterior, idéntica? Aquí el propósito es atraer la atención a cada tipo de persona separada. El asíndeton nos apura hasta llegar al clímax al final de la oración, siendo importante la lista pero menos que el clímax. El polisíndeton atrae la atención a los ítems de la lista. El Espíritu Santo, al usar esta figura retórica, nos está diciendo: "Vayan más despacio. Piensen en esto, ahora piensen en esto, ahora piensen en esto otro".

Observe la lista que figura aquí de polisíndeton. Analice el contexto. Verá de inmediato por qué se usa esta figura retórica.

"Trae acá a los POBRES [los que no podían presentar una excusa como en los versículos 18-19: "He comprado... te ruego que me excuses], y a los MANCOS [los que no pudieron dar la excusa del versículo 19: "He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlos; te ruego que me excuses"] y los CIEGOS [los incapaces de presentar la excusa del versículo 18: "He comprado una hacienda, y necesito ir a verla; te ruego que me excuses"]".

La palabra *y* es muy corta. En nuestro discurso diario no la usamos para vincular muchos ítems o unidades de pensamiento hasta el punto en que lo hace la Biblia. Una regla general en la gramática española es que normalmente solo usamos una conjunción en una oración. Pero analice su Biblia. Observe cuán pródigamente el Espíritu Santo usa esta palabra *y*. Casi no lo advertimos en la lectura común debido a la belleza y majestad del idioma en el que aparece el texto que la rodea. Pero está allí, en todas partes. Con frecuencia un nuevo capítulo comienza con la palabra *y* (como, por ejemplo, Gn. 22). A veces incluso un nuevo libro de la Biblia empieza con esta palabra de conexión significativa (Levítico, por ejemplo). Las traducciones que eliminan esta figura retórica no le hacen buen servicio al público lector de la Biblia al robarles un énfasis diseñado por el Espíritu Santo.

Deberíamos mencionar aquí otra figura retórica, el *eufemismo*. Usamos esta forma cada vez que queremos intercambiar una palabra dura por una más agradable. Las personas usan el eufemismo para cubrir el pecado. De ahí llamar a un borracho "un alcohólico" o hablar de un caso de adulterio como una "aventura" o de hablar de un sodomita como "gay". Son eufemismos que se usan para tapar el

pecado. Llamar a un recolector de basura, un “ingeniero sanitario” es un tipo de vanidad; se usa esta figura retórica para elevar el rango de la ocupación.

En la Biblia, el eufemismo generalmente se usa para ayudar cuando se involucran sentimientos delicados. Cuando David preguntó: “¿El joven Absalón está bien? Y el etíope respondió: Como aquel joven sean los enemigos de mi señor el rey, y todos los que se levanten contra ti para mal” (2 S. 18:32). El etíope usó dos eufemismos para recordarle de manera suave a David la traición de Absalón y para anunciar que estaba muerto. “extiende el borde de tu capa sobre tu sierva”, dijo Rut a Booz (Rt. 3:9). Era una forma delicada de sugerir que se casara con ella.

Aquí, entonces, tenemos algunas de las figuras retóricas más importantes de la Biblia. Cuando alguien dice: “¡Ah, eso es solo figurativo!”, la implicación es que su significado es débil. No es así. Una figura retórica puede ser una figura retórica fuerte. El Espíritu Santo nunca usa tales dispositivos sin agregarle poder y fuerza a lo que se dice.